EL CUARTO DE INVITADOS

por Pedro Montero

Emplearon mimo y dinero en hacer confortable y acogedor su nuevo cuarto de invitados... Y, sin embargo, fueron aislándose cada vez más de sus amigos y parientes, impelidos por un juego inevitable y morboso.

NOTA: Debido a problemas con el servidor, la semana pasada no pude poner a tiempo "LOS MISTERIOS DE LA TIENDA" que era el relato que correspondía. Esta semana, además de disfrutar "EL CUARTO DE INVITADOS" pueden acceder al otro también. Sepan disculpar.

El único inconveniente era que desde una de las ventanas se veía el cementerio. Cuando decidimos trasladarnos de piso no podía suponer que la búsqueda de uno más amplio y confortable iba a ocasionarme semejante trastorno. Fueron días y días de consultas en el periódico, llamadas telefónicas, visitas infructuosas y entrevistas con astutos y marrulleros agentes de la propiedad inmobiliaria.

Yo suponía que el espacio y la comodidad suplementarios harían aumentar la renta en una cantidad proporcional a la ventaja obtenida, pero me encontré con que el usufructo de dos habitaciones más y la comodidad de un ascensor de subida y bajada presuponían el pago de una cantidad doble de la que había satisfecho hasta el momento. Pese a lo cual, tras consultar con amigos y conocidos, vine a comprender que, si no una verdadera ganga, el alquiler de aquel piso podía considerarse razonable.

Con gran alivio por mi parte, Esperanza no objetó nada al hecho de que, desde una de las habitaciones de atrás, pudiera contemplarse una regular extensión de la Sacramental. Antes bien, con cierto humor negro del que a veces hacía gala sugirió que aquella podría ser la habitación destinada a los invitados.

Mi esposa no poseía en absoluto un carácter misantrópico. Contrariamente a esto, Esperanza era aficionada a llevar una vida social activa y hasta frenética en ocasiones, pero si había algo que no soportaba era la presencia de terceros en la casa, especialmente en una estancia continuada. Esto era debido —imaginaba yo— a la estrechez e

incomodidad de nuestra vivienda anterior. Resultaba ciertamente ingrato recibir visitas de más de dos personas en nuestro reducido comedor y una verdadera catástrofe invitar a alguien a dormir, lo que suponía el momentáneo desmantelamiento de la sala de estar y su transformación por una noche en improvisado dormitorio.

Lo limitado de nuestra vivienda y la imposibilidad de corresponder adecuadamente a fiestas y celebraciones nos coartaban a la hora de aceptarlas. No tanto esto último como la necesidad de vivir en una casa más adecuada a nuestras posibilidades fue lo que me movió a iniciar gestiones para cambiarnos de piso.

Durante cerca de dos meses nuestra vida transcurrió en función del traslado de domicilio.

Dejamos de aceptar invitaciones y perdimos contacto, como no fuera el telefónico, con numerosas amistades y conocidos. La mudanza supuso la casi exclusiva dedicación de los ratos libres a empaquetar enseres y llevar a cabo una limpieza general de papeles y objetos inútiles acumulados durante seis años de matrimonio. Hubo que efectuar cuidadosas mediciones de todos los muebles para buscarles una ubicación adecuada en el nuevo piso, desechar algunos por inútiles y adquirir otros más en consonancia con la amplitud de las nuevas habitaciones.

La duda surgió a la hora de amueblar la habitación de invitados. Sabiendo que tan sólo esporádicamente y muy de tarde en tarde se quedaría alguien a dormir, nos resistíamos a la idea de tener una habitación ocupada con dos camas y los muebles propios de un dormitorio. Parecía más razonable la adquisición de algún sofá-cama que permitiera utiliza aquel cuarto —en ausencia de invitados— como una segunda sala de estar. Pero, por otra parte, la funcionalidad de esta segunda solución restaría cierta distinción a la categoría de nuestras invitaciones: no es lo mismo reposar en un dormitorio dedicada a tal efecto que hacerlo en una habitación transformable y sólo transitoriamente alcoba.

Decidimos finalmente sacrificar un segundo ambiente de estar en aras de una mayor elegancia, y así lo hicimos.

Lo que en realidad ocurrió fue que, debido quizás a la lejanía de nuestro nuevo domicilio o a lo singular de las vistas desde la habitación de invitados, casi ninguno lo fue por más de una noche, lo que pareció disgustar en absoluto a Esperanza.

Sea como fuere, y con vistas a alguna invitación de categoría en la que la confortabilidad y la elegancia fueran fundamentales, no regateamos nada para dotar a la habitación de los invitados de todo lo necesario e incluso de los superfluo.

Además de los correspondientes lechos, armario y ropero y demás muebles propios de un dormitorio, instalamos un teléfono supletorio —verdadera extravagancia sugerida por Esperanza—, una extensión del hilo musical y, sobre una mesita adecuada, situamos el antiguo televisor de blanco y negro.

Cuando por fin nos encontramos asentados en el nuevo piso, advertimos que, buscando deslumbrar a nuestros conocidos y amistades, habíamos dilapidado grandes cantidades de dinero en el amueblamiento

de una habitación que, debido al servicio al que había sido destinada, iba a encontrase desierta la mayor parte del año.

Una vez que hubimos dado el toque final con la colocación de las costosas cortinas, cerramos la puerta y tan sólo entrábamos allí de cuando en cuando para solazarnos con el efecto que aquella confortabilidad habría de producir en nuestros invitados. Como, por otra parte, la calefacción del piso era individual y no era cuestión de derrochar energía, la manteníamos apagada casi siempre en la habitación de invitados, con lo que durante aquel mes de noviembre, el cuarto se convirtió en un ámbito inhóspito y gélido apenas visitado por Esperanza para efectuar la limpieza y abrir la ventana para que se renovara su enranciada atmósfera.

¿Por qué llegamos a desear con tal fuerza tener invitados a los que alojar en aquella habitación? ¿Qué insensatas apetencias de dar utilización a la habitación nos incitaba a ofrecer hospedaje a conocidos y amistades circunstanciales? ¿Por qué no nos limitamos a esperar pacientemente en lugar de intentar propiciar la acogida de alguien en aquel cuarto?

El primer indicio de que algo extraño iba a suceder lo tuve un día en que, mientras mantenía un conversación telefónica, tuve la impresión de ser escuchado por un tercero. Quizás un chasquido, una resonancia especial que modificaba el timbre de mi voz y de la de mi interlocutor, me hicieron sospechar que —inadvertidamente, desde luego— Esperanza había descolgado el supletorio de nuestro dormitorio.

Preferí no hacer ninguna observación sobre el particular por si se trataba de una impresión meramente subjetiva y me olvidé de ello a los pocos días. Una semana después, volvió a ocurrir lo mismo, y, como mi interlocutor era una persona locuaz cuyos parlamentos no era posible interrumpir sino con afirmaciones iterativas, deposité el auricular sobre la mesita y, experimentando cierto bochorno por lo que hacía, entré en nuestro dormitorio, en el que no había nadie. Pasé delante de la puerta de la habitación de invitados, pero en lugar de entrar preferí llamar a Esperanza, que me respondió desde la cocina.

Una vez de vuelta al salón, pude comprobar que mi interlocutor no había advertido mi ausencia y continuaba entusiasmado su monólogo, de cuyo contenido no pude ya enterarme debido a que mi imaginación se hallaba ocupada en otra cosa.

La siguiente ocasión en que supe que algo anormal estaba ocurriendo fue el día en que Esperanza me recriminó por haber dejado un cigarrillo a medio consumir en un cenicero de la habitación de invitados. No obstante el barrunto de que aquello era una advertencia, preferí pensar que, puesto que yo no había entrado en aquella habitación desde hacía días, y Esperanza y yo fumábamos la misma marca de cigarrillos, había sido ella la que había sufrido el olvido que me achacaba a mí.

Mientras tanto, continuábamos haciendo tentativas para que alguien se quedara a dormir en nuestra habitación de invitados. Si algún amigo lo estaba a cenar, procurábamos prolongar la sobremesa hasta que lo avanzado de la hora hacía justificable el ofrecimiento de albergue por aquella noche.

Lo que ocurría la mayor parte de las veces era que nuestras insinuaciones aceleraban su partida tomando nuestra oferta por una despedida solapada. Tan sólo en alguna ocasión aceptó alguien, pero al advertir la frialdad de la habitación, lo protocolario de su amueblamiento y quizá lo poco halagüeño de sus vistas, en seguida buscaban una excusa para irse.

Cierto día mantuve una fuerte discusión con Esperanza porque me acusó de haber dejado encendida durante toda la noche la lámpara de la mesilla de la habitación de invitados. Por la mañana, cuando había entrado para efectuar una limpieza rutinaria, había vuelto a encontrar una colilla en el cenicero y la luz encendida.

En otra ocasión, fui yo quien la acusó de mantener conversaciones telefónicas a mis espaldas (no me atrevía a acusarla de espiar las mías por temor a equivocarme).

Ella lo negó rotundamente y aseguró con vehemencia que apenas si entraba en aquella habitación —a la que empezaba a tomar ojeriza— para limpiar el polvo y arreglar las camas, puesto que yo —aseguró— había tomado la costumbre de tumbarme en una cuando ella no me veía.

Así fue transcurriendo el tiempo mientras, a causa de los incidentes ocasionados por la habitación de invitados, iban empeorando nuestras relaciones.

Aquellos singulares hechos se multiplicaron de tal modo que daba la impresión de que, en ausencia del otro, cada uno de nosotros se dedicaba a dejar en aquel cuarto rastros delatores de una presencia humana: las cortinas aparecían descorridas, del teléfono descolgado, las camas deshechas, el televisor encendido.

Finalmente, cada cual por su lado, hubimos de convenir tácitamente en que era el otro el que había iniciado el extravagante juego. Y como los indicios de que aquella habitación estaba ocupada eran cada día más notorios, decidimos —sin manifestarlo expresamente— que era preferible continuar el juego que de forma tan singular se había iniciado. De aquella forma, lo que, de haber sido tenido rigurosamente en cuenta, hubiera llegado a constituir un motivo serio de ruptura, se convirtió en una distracción que no dejaba de tener su vertiente morbosa y, por lo mismo, atractiva.

Como siempre suele ocurrir, cuanto más espacio disponible se tiene, tanto más se necesita. Y a fin de no padecer estrecheces ni incomodidades, sobre todo en lo referente al almacenamiento de prendas de vestir, habíamos trasladado al armario9 de nuestra habitación de invitados un cierto número de prendas de uso menos frecuente: Esperanza guardaba allí algunos trajes de noche, el abrigo de pieles y la mayoría de sus trajes de verano. Yo, por mi parte, había relegado a aquel guardarropa algunos ternos pasados de moda, varios partes de zapatos y el smoking.

Ninguno de los dos se quejaba ya de las distracciones del otro, sino que achacábamos el desorden y la alteración del natural estado de las cosas a la desidia de nuestros invitados.

Si en la puerta de la habitación aparecían unos zapatos míos, Esperanza lamentaba el abuso de confianza de nuestros huéspedes y terminaba lustrándolos y sacándoles brillos. Cuando algún cenicero amanecía lleno

de colillas con un extremo manchado de lápiz de labios, yo las tiraba a la basura quejándome de la tranquilidad de los invitados.

De aquella forma, fuimos alejándonos cada vez más de nuestras amistades y viviendo cada día más aislados y concentrados en nosotros mismos y en nuestros invitados.

SI alguien nos llamaba por teléfono, Esperanza colgaba lo más pronto posible excusándose de hacerlo por la atención que reclamaban nuestros huéspedes. Yo rechazaba cada vez con mayor frecuencia las invitaciones de mis amigos pretextando que no podía dejar sola a Esperanza con los invitados.

Cierto día en que, debido a la acumulación de trabajo en la oficina, preveía que llegaría a casa con retraso, telefoneé a Esperanza para ponerla sobre aviso. Intenté la comunicación infructuosamente varias veces y, finalmente, al cabo de una hora, conseguí hablar con casa.

En principio pensé que había marcado un número equivocado. Su voz, debido a quizás a alguna afonía pasajera, había adquirido un timbre especial

Le pregunté si se encontraba bien y, al responderme afirmativamente, le comuniqué que aquel día no llegaría a casa hasta cerca de las once. Ella vaciló un momento. Acto seguido repuso que se lo comunicaría a mi esposa.

Tras unos segundos de desconcierto por mi parte, comprendí que me estaba hablando en aquella clave lúdica a la que tanto recurríamos en los últimos meses y que ya estaba empezando a cansarme. De todas formas, con objeto de no contrariarla y no encontrarme con caras largas cuando regresara a casa después de una larga jornada de trabajo, preferí seguir el juego.

Le rogué —tras interesarme por su salud y por la de su esposo— que comunicara a su anfitriona mi recado. Ella me aseguró que podía perder todo cuidado: cuando Esperanza regresara de la calle le transmitiría mi mensaje.

Apenas entré en la salita de estar me di cuenta de que mi esposa estaba de mal humor.

Me sirvió la cena sin dirigirme la palabra y respondió sólo con monosílabos a mis ocasionales preguntas. Por último, arriesgándome a tener que soportar una tormenta, inquirí de ella cuál era la falta que había cometido, puesto que la expresión de su rostro —de sobra conocida por mí— me hacía sospechar que yo era el causante de semejante mal humor.

Esperando aquella oportunidad que yo le había brindado, ella se desahogó a sus anchas y repuso que ya era hora de que dejara de considerarla un cero a la izquierda. Y, al preguntar yo por qué había venido a parar en aquella consideración, replicó diciéndome que había pasado la tarde intranquila sin saber qué me había ocurrido.

Aquello me desconcertó y medité un instante antes de responder.

Era evidente que yo había hablado con ella, aunque no pude precisar exactamente la hora; por lo tanto, Esperanza deseaba continuar el juego. Por otra parte, aquella ficción que sosteníamos se iba manifestando ya intolerable. no era admisible que, lo que había comenzado como una distracción se tornara un motivo de disgustos y malos humores.

Opté, sin embargo, por hacer acopio de paciencia y seguir la broma.

Le dije que había hablado con uno de nuestros invitados cuando ella no se encontraba en casa y que le había rogado que, apenas ella regresara, le transmitiera mi mensaje.

No sé si satisfecha o no con mi respuesta (es lógico convenir que así fuera), dulcificó la expresión de su ostro y comenzó a ponerse de mejor humor. Me explicó que había tenido que salir un momento y que, a su regreso, nadie le había comunicado mi mensaje. Y, bajando la voz, empezó a criticar a nuestros invitados —sobre todo a la mujer— por su desidia y su tranquilidad: no sólo se permitían vivir a costa nuestra desde hacía tiempo, sino que ni siquiera se molestaban en prestar favores que cualquier vecino —persona más extraña que ellos, al fin y al cabo—, se hubiera apresurado a realizar.

Yo asentí de mala gana y, por gozar de una velada tranquila más que nada, seguí el juego hasta que el humor de Esperanza se tornó tan radiante que la conversación derivó hacia temas más personales e íntimos. Cuando poco más tarde hacíamos el amor en nuestro dormitorio, sentí que debía cubrir su boca con mis labios a fin de ahogar los suspiros que, sin ningún género de dudas, podrían ser percibidos desde la habitación de los invitados.

Me desperté muy tarde la mañana siguiente y, tras consultar el reloj sobresaltado, advertí que era domingo.

Me volví hacia el lado izquierdo de la cama, pero mi esposa ya se había levantado. Seguramente aparecería de un momento a otro con la bandeja del desayuno, pequeña debilidad que yo me permitía los días festivos. Pero como al cabo de media hora no hacía acto de presencia, me levanté sigilosamente y me dirigí a la cocina, que se hallaba desierta. Tras buscar por toda la casa, entre bruscamente en la habitación de los invitados.

Esperanza yacía desnuda en una de las camas y, apenas me vio, se sobresaltó y ocultó su cuerpo con una sábana, como si hubiera sido sorprendida por un extraño en actitud vergonzosa. Yo permanecí perplejo un momento, transcurrido el cual, Esperanza prorrumpió en amargo llanto.

En aquel momento supe que mi mujer me había engañado.

Me aproximé al lecho mientras una rabia sorda iba apoderándose de todo mí ser y permanecí en pie en actitud amenazante. Ella, gimiendo lastimeramente, me pidió perdón por su infidelidad y me confesó que, la noche anterior, había mantenido relaciones físicas con uno de nuestros invitados.

Me contuve con un brazo en algo y, para no descargarlo sobre su rostro, lo hice sobre la lámpara de la mesilla, que voló hecha añicos. Acto seguido le pedí que me diera explicaciones de su comportamiento y, entre suspiros entrecortados, lo hizo.

Al finalizar su relato, me sentí perplejo y profundamente herido. no me cabía duda de que había sido yo el que había hecho el amor con Esperanza, pero siguiendo el juego o hablando sinceramente, para ella aquella relación había sido claramente adúltera: en su fuero interno había hecho el amor con nuestro invitado masculino.

Ciego de ira, la obligué a cubrirse y le ordené que permaneciese en la habitación de huéspedes. Regresé al dormitorio y, al cabo de un rato, me dirigí al cuarto de invitados y llamé subrepticiamente a la puerta. Entré

con todo sigilo y me detuve a los pies de la cama llevándome el índice a los labios en señal de solicitud de silencio.

Esperanza, repuesta ya de su crisis, me miraba extrañada desde la cama.

Me fui acercando poco a poco mientras mi mirada se hacía progresivamente más lúbrica y, finalmente, ella comprendió mis intenciones: deseaba vengarme utilizando la misma arma que ellos había empleado para engañarme.

No sé si por complacerme a por propio y personal goce, Esperanza adoptó una actitud de defensa. Se cubrió con las mantas hasta el cuello y, temblorosa, me dio los buenos días y me preguntó por mi esposa. Yo, a mi vez, repuse que, puesto que su marido había salido, no quedaba nadie en la casa a excepción de nosotros dos.

Su expresión de temor se acrecentó al ver que me sentaba en la cama y alargaba una mano a la búsqueda de una de sus piernas. Se encogió cuanto pudo y me rogó que la dejara sola. Su marido o mi esposa podían regresar en cualquier momento y sorprendernos.

Haciendo caso omiso de sus súplicas, continué mis avances. La despojé de las sábanas y la contemplé como si jamás hubiera visto su cuerpo desnudo. Sus ojos denotaban temor, aunque, en el fondo, quizá podía percibirse una chispa de gozo.

Me lancé sobre ella, que se defendió de mi ataque con uñas y dientes y hundí mi boca en la suya. poco a poco, su resistencia fue disminuyendo, aunque no llegó a desaparecer, y, cuando advertí que la presión de sus muslos flanqueaba, la violé salvajemente.

Aquel mismo día, por la tarde, conversamos detenidamente y convinimos en que había llegado el momento de deshacernos de nuestros invitados. Su presencia había pasado de ser simplemente molesta a resultar inoportuna, más aún, infamante.

Dándole vueltas al asunto, considerábamos la forma más idónea y menos dolorosa de hacerlo. Era imposible deshacernos de ellos de un plumazo: su presencia había ido haciéndose familiar y casi imprescindible. En cierto modo, nos hacían compañía.

Por otra parte, nada más inadecuado que ponerlos de patitas en la calle: aquella actitud no era digna de unas personas civilizadas. Y, además, ¿quién nos aseguraba a nosotros que iban a aceptar marcharse tranquilamente? La insolencia del esposo había llegado a tales extremos que no había vacilado en hacerle el amor a Esperanza. Por otra parte, la invitada no había dudado a la hora de prestarse desnuda ante mí en el lecho y seducirme. Sus molestias y abusos de confianza llegaban al límite de lo tolerable: teníamos que cocinar para ellos, lavar su ropa sucia, asear su habitación, mantenerlos. En una palabra, se habían convertido en nuestros parásitos.

La única solución posible para apartarlos definitivamente de nuestras vidas era asesinarlos.

Aunque a Esperanza y a mí nos repugnaba la idea, conversamos acerca de ello en nuestro dormitorio procurando hablar en voz baja. No era cuestión de emplear la violencia: ni ella ni yo hubiéramos sido capaces de utilizar adecuadamente un arma. Lo más indicado era un sistema rápido y silencioso: veneno.

Esperanza guardaba en el armario del cuarto de baño un frasquito de un medicamento altamente tóxico que había pertenecido a su padre. Unas cuantas gotas bastaban para reanimar el corazón y elevara el ritmo de sus latidos caso de súbito desfallecimiento, pero una dosis elevada resultaba mortal de necesidad al provocar que la víscera cardíaca se desbocara hasta detenerse definitivamente.

Una vez que lo hubimos planeado todo, preparamos entre los dos una suculenta cena, pusimos la mesa y la adornamos convenientemente. Distribuimos con armonía la hermosa vajilla y situamos ortodoxamente los cubiertos de plata.

Abrí una botella de vino y lo escancié en las copas, no sin antes haber depositado en las suyas una considerable cantidad de veneno. Su sabor quedaba perfectamente disimulado merced al fuer5te gusto del rioja, y todo lo que teníamos que hacer era proponer un brindis y esperar escasos segundos para que se produjera nuestra liberación.

Cuando todo estuvo dispuesto, entramos en el dormitorio y comenzamos a vestirnos convenientemente. Tratándose de una cena de aquellas características era preciso no dejar ningún detalle al albur.

Ella escogió el más hermoso vestido de noche, ampliamente escotado, y peinó sus cabellos de tal forma que el resultado fue de una gran belleza. Dudó a la hora de las joyas, y se decidió finalmente por un sencillo broche de brillantes. Yo vestí el elegante smoking y, como suele ocurrir, esperé pacientemente fumando un cigarrillo a que mi esposa terminara de arreglarse.

Una vez que estuvimos dispuestos nos miramos y, sonrientes, abandonamos la habitación de los invitados. En el comedor, la mesa presentaba un aspecto radiante. El fuerte color del rioja escanciado en las copas constituía una irresistible invitación a beberlo.